

XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2021.

Narración y acción: enacción. La enacción como mediación entre el yo experiencial y el yo narrativo a partir de A. Macintyre y T. Fuchs.

Mercado Vásquez, Martin.

Cita:

Mercado Vásquez, Martin (2021). *Narración y acción: enacción. La enacción como mediación entre el yo experiencial y el yo narrativo a partir de A. Macintyre y T. Fuchs. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/168>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/bby>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

NARRACIÓN Y ACCIÓN: ENACCIÓN. LA ENACCIÓN COMO MEDIACIÓN ENTRE EL YO EXPERIENCIAL Y EL YO NARRATIVO A PARTIR DE A. MACINTYRE Y T. FUCHS

Mercado Vásquez, Martín

Universidad de Buenos Aires- Universidad del Museo Social Argentino. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

La experiencia de la enfermedad en la actual pandemia ha hecho florecer nuevas preguntas sobre la relación entre las experiencias corporales y las historias que contamos sobre nosotros mismos. Una de estas preguntas gira en torno a la relación entre el yo experiencial y el yo narrativo. Operativamente, se define el primero de ellos, como el conjunto de experiencias temporal-corporal y de agencia que forman nuestra individual sensible, y el segundo, como la formación de nuestra identidad explicada en la trama de una historia, social y culturalmente mediada. Dada la pluralidad de autores y posibles respuestas, en esta ocasión, el presente artículo se concentra en la noción de enacción como mediación entre el yo experiencial y el yo narrativo; para ello, se dialoga centralmente con dos autores, Alasdair MacIntyre y Thomas Fuchs. Del primero de ellos, se retoma la noción de narración dramática enactiva. Del segundo, la de memoria encarnada como fundamento enactivo de la personalidad. Finalmente, se evalúan las dos respuestas y el modo en que la segunda propuesta parece reforzar y aclarar la primera de un modo convincente. Comprensiblemente, la evaluación de estas dos tesis no busca tanto dar una respuesta, como, más bien, justificar el problema planteado.

Palabras clave

Yo experiencial - Yo narrativo - Memoria carnal - Enacción

ABSTRACT

NARRATION AND ACTION: ENACTION THE ENACTION AS MEDIATION BETWEEN THE EXPERIENTIAL SELF AND THE NARRATIVE SELF FROM A. MACINTYRE AND T. FUCHS

The experience of illness in the current pandemic has raised new questions about the relationship between bodily experiences and the stories we tell about ourselves. One of these questions revolves around the relationship between the experiential self and the narrative self. Operationally, the first of these is defined as the set of temporal-bodily and agency experiences that make up our sensitive individual, and the second, as the formation of our identity explained in the plot of a history, socially and culturally mediated. Given the plurality of authors and possible answers, on this occasion, this article focuses on the notion of enaction as a mediation between the experiential self and

the narrative self; For this, a central dialogue is held with two authors, Alasdair MacIntyre and Thomas Fuchs. From the first of them, the notion of enactive dramatic narration is taken up. Of the second, that of Leibgedächtnis as the enactive foundation of the personality. Finally, the two responses are evaluated and the way in which the second proposal seems to reinforce and clarify the first in a convincing way. Understandably, the evaluation of these two theses does not seek so much to give an answer, as, rather, to justify the problem posed.

Keywords

Experiential self - Narrative self - Narrative unity of life - Dramatic enacted narrative

1. Introducción

En un taller de teatro, el dramaturgo y director boliviano Freddy Chipana pidió a mujeres que fueron víctimas de violencia intrafamiliar contar su historia de vida para pensar en una obra que permita expresar y denunciar la negativa situación vivida. Después de una primera ronda de experiencias y de notar la afligida afección de las mujeres al relatar su historia, el dramaturgo les pidió que vuelvan a contar su vida mientras saltaban la cuerda de ejercicios. Fue una experiencia renovadora, apreciar que, aunque las mujeres trataban de adoptar nuevamente el comprensible tono de dolor en su expresión verbal y corporal, no lograban hacerlo por completo, y terminaban contando su triste historias entre risas, logrando, en algunos casos, enfatizar el nuevo papel de confianza y empoderamiento vivido en comparación con las antiguas experiencias aflictivas. A partir de esta experiencia casi anecdótica, interesa preguntar por la relación entre la experiencia corporal (yo experiencial) y la identidad narrativa (yo narrativo). ¿De qué manera se relaciona el yo experiencial con el yo narrativo? ¿Son dos yoes diferentes? ¿Es su relación metafórica, exige algún tipo de traducción?

En este sentido, la pregunta que se plantea gira en torno a la relación entre el yo experiencial y el yo narrativo. Operativamente, se define el primero de ellos, como el conjunto de experiencias temporal-corporal y de agencia que forman nuestra individual sensible, y el segundo, como la formación de nuestra identidad explicada en la trama de una historia, social y culturalmente mediada. Al respecto, se podría considerar la diferencia entre yo ex-

perencial y yo narrativo sugerida por Gallagher y Zahavi (2013): Cuando se trata del yo experiencial, uno puede retener el término “yo” porque estamos tratando precisamente con una forma primitiva de la autoexperiencia o de la auto-referencialidad. (...) hablar de la *persona* como una construcción narrativa. Después de todo, aquello de lo que trata un hecho narrativo es de la naturaleza de mi carácter personal o personalidad; una personalidad que evoluciona con el tiempo y es moldeada por los valores que suscribo, mis decisiones y convicciones intelectuales morales y mis acciones. La etimología del término ‘persona’ habla a favor de este posicionamiento. La *persona* en latín, se refiere a las máscaras que llevan los actores y está relacionada con la expresión *dramatis personae*, que designa a los personajes de una obra de teatro o una historia. (p. 305)

No obstante, la elegante distinción entre yo experiencial subjetivo, corporal y pre-personal, por una parte, y el yo narrativo como la identidad narrativa de la persona, social e históricamente mediada, por otra, no responde nuestra pregunta; por el contrario, nos permite plantearla con insistencia. ¿Qué tipo de relación existe entre estos dos yoes? ¿Existe en el humano una parte corporal no personal y otra narrativa y personal? ¿No sería más bien el caso que la persona implica esa doble dimensión corporal y narrativa y, no así, la exclusión de uno de estos elementos? Para abordar estas preguntas, debemos, en primer lugar, indagar la relación entre esos dos tipos de yoes. Dada la pluralidad de autores y posibles respuestas, en esta ocasión, el presente artículo se concentra en la noción de enacción como mediación entre el yo experiencial y el yo narrativo; para ello, se dialoga centralmente con dos autores, Alasdair MacIntyre (2004 [2004 / 2007]) y Thomas Fuchs (2000, 2017, 2020a, 2020b). Del primero de ellos, se retoma la noción de narración dramática enactiva. Del segundo, la de memoria propio-corporal como fundamento enactivo de la personalidad. Finalmente, se evalúan las dos respuestas y el modo en que la segunda propuesta parece reforzar y aclarar la primera de un modo convincente. Comprensiblemente, la evaluación de estas dos tesis no busca tanto dar una respuesta, como, más bien, justificar el problema planteado. La estructura de la exposición seguirá el orden ya establecido y, finalmente, se propondrá un breve resumen valorativo de las dos tesis.

2. La unidad narrativa de la vida y la enacción dramática en Alasdair MacIntyre

En primer lugar, se indaga la propuesta de Alasdair MacIntyre sobre la identidad narrativa, según la cual, las historias que contamos sobre nuestra vida son representadas o actuadas por nosotros mismos. Nos interesa comprender el modo en que, dentro de esta filosofía, se caracteriza la identidad narrativa como identidad personal y el modo en que tal noción implica una dimensión importante de experiencia corporal. De esta manera, se podrá evaluar la tesis de la representación o enacción de las narrativas de vida. Así que, en primer lugar, se analizará

la noción de unidad narrativa de vida (yo narrativo) y, después, la noción de enacción dramática de las narraciones, que implica el yo experiencial. Nos preguntaremos si la relación entre las dos dimensiones es suficientemente clara y convincente.

· La unidad narrativa de la vida: la relevancia del yo narrativo

Se sabe que Alasdair MacIntyre no es un fenomenólogo y, de hecho, trata de criticar tanto la fenomenología como la filosofía analítica en su intento de criticar la moral de la modernidad y restituir una moral basada en la virtud (2004, p. 252-255). No obstante, nos parece que parte de su argumentación se apoya en la descripción de la acción, la narración y la inteligibilidad a tal punto que se podría caracterizarla de fenomenológico, en un sentido muy amplio. Por otra parte, si bien MacIntyre es crítico con la fenomenología, no la rechaza por completo, sino solo en sus versiones existencialistas que, produciendo “la liquidación del yo en un conjunto de áreas separadas de papeles a representar”, derivan en una representación de un yo escindido, cuya imagen es contrafáctica, pues no responde aquello que la comprensión habitual nos brinda como la unidad narrativa de la vida. Dirijámonos ahora al argumento de este autor para preguntarnos hasta qué punto su propuesta implica la discusión que nosotros planteamos sobre la relación entre el yo experiencial y el yo narrativo.

El argumento en torno al cual gira la noción de unidad narrativa de la vida propuesta por MacIntyre es que el siguiente. “Porque vivimos narrativamente nuestras vidas y porque entendemos nuestras vidas en términos narrativos, la forma narrativa es la apropiada para entender las acciones de los demás. Las historias se viven antes de expresarlas en palabras, salvo en el caso de las ficciones” (2004, p. 261). ¿Qué significa, sin embargo, este argumento por el carácter narrativo de la vida? ¿En qué sentido se debe entender que las historias son vividas antes de expresarse como narrativas? La respuesta a estas preguntas permite comprender la relación entre el yo experiencial y el narrativo en la propuesta de este autor. Partamos, entonces, por su noción de narración e indaguemos la relación que esta tendría con el yo experiencial.

El punto de partida de MacIntyre es crítico, pues rechaza las representaciones de la vida fragmentada que se habrían formulado a partir de la modernidad. De hecho, el autor sostiene que la vida solo puede ser valorada y concebida como un todo unitario (p. 253). Esto es así, dado que la conducta humana se presenta como acciones que solo cobran sentido gracias a que están narrativamente situadas de manera intencional, social e históricamente. Analicemos estos elementos de la acción narrada.

Una acción sería un comportamiento imputable a alguien, del que el agente puede dar cuenta inteligible y que se fija como “una historia real o posible” (Cf. pp. 258, 264, 267, 268); por ello, acción e historia se co-implican. Es decir, la inteligibilidad de una acción se ofrece en una secuencia narrativa ligada a una finalidad intencional, creencias y situaciones (Cf. pp. 266-267,

256). Una acción implica una finalidad intencional, por ejemplo, una persona lee un libro para saber más, por diversión o para cumplir una obligación. El contexto narrativo en que aparece la acción le brinda su sentido e ilumina sus detalles; aquél hace inteligible a esta última. Cuando el análisis se concentra en el acto, este parecería dissociarse de la historia en la que está enraizado; pues, la intencionalidad de la acción implica la finalidad y la causalidad de la historia. Al ser la acción un segmento de comportamiento que implica intencionalidad y creencia, aparece ella como una situación. Esta es una institución, una práctica o un ambiente humano. Toda situación “tiene una historia, dentro de la cual (...) se ubican las historias de los agentes individuales” y las modificaciones del agente individual. Esto significa que una acción está temporalmente delimitada en relaciones de subordinación y coordinación; pues, las “intenciones a corto plazo solo pueden hacerse inteligibles por referencia a algunas intenciones a más largo plazo” (p. 256). En este sentido, por su carácter intencional ligado a la creencia y la situación, “[l]a unidad de la vida humana es la unidad de un relato de búsqueda” (p. 270). Cada agente (sujeto de la acción) puede narrar con sentido sus acciones por las finalidades, creencias y situaciones en las que temporalmente las historias enmarcan el comportamiento. En este sentido, el agente parece ser autor de la unidad narrativa de su vida, aunque, en realidad, no sea más que su coautor.

La acción no es solo intencional, sino también social histórico, por lo que implica las categorías de inteligibilidad, “impredecibilidad” y responsabilidad en la unidad narrativa de la vida. Porque toda historia está socialmente mediada, el agente se convierte solo en coautor de la unidad narrativa de su vida. La historia que enmarca y da sentido a las acciones humanas se encaja dentro de otras. Cada agente puede ser parte de numerosas historias. “Cada uno de nosotros es el personaje principal en su propio drama y tiene un papel subordinado en los dramas de los demás, y cada drama limita a los demás” (p. 263). De esto se debe seguir, que cada drama circunscribe los niveles de inteligibilidad de los otros dramas, abriendo un espacio de dificultad en la comprensión de las historias personales. Esta intersección situacional de las historias de los agentes permite comprender el porqué cada individuo aparece en una historia ya iniciada por otros y en los que se debe articular *in media res*. No solo por las historias ya iniciadas, sino también por las nuevas acciones de los demás y por las condiciones sociales, los agentes encuentran cierta limitación a la autoría de sus narraciones. Esto introduce no solo el factor dinámico de la inteligibilidad e inteligibilidad de las narraciones (por ejemplo, en las historias familiares, con sus secretos y revelaciones, con sus dudosos villanos y héroes), sino también el factor de “impredecibilidad” (Cf. p. 266). Esto significa que cada agente no es solo el “tema de una historia que es [en cada caso] la mía propia y la de nadie más”, sino que “soy aquello por lo que justificadamente me tengan los demás en el transcurso de una historia que va desde mi

nacimiento hasta mi muerte” (p. 268). En este sentido, el relato de la vida “es parte de un conjunto de relatos interconectados” (p. 269). Así, se suma el factor de responsabilidad, dado que preguntar “qué hiciste y por qué, decir lo que yo hice y por qué, sopesar las diferencias entre tu declaración de lo que hiciste y la mía de lo que yo hice, y viceversa, son constitutivos esenciales de toda narración” (p. 269).

De lo precedente, se debe seguir, pues, que en esta dimensión de la acción y la narración se presentan limitaciones cognitivas y prácticas, que no son absolutamente negativas para el agente, dado que le brindan la figura necesaria para figurar su vida como una búsqueda y “[u]na búsqueda siempre es una educación tanto del personaje al que se aspira, como educación en el autoconocimiento” (p. 270). Porque el agente no es autor completo de su vida, la unidad narrativa de la vida, según MacIntyre, no cobra la forma de una saga o una hagiografía, sino la de una tragedia. Cada héroe está irremediamente llamado a mediar con una tradición personal, familiar, social e histórica de la que no puede sustraerse y de la que debe, al mismo tiempo, diferenciarse.

· **La noción de narración dramática enactuada: la importancia del yo experiencial**

Si bien con este repaso del argumento de MacIntyre se puede comprender el carácter narrativo de la unidad de vida, queda por entender en qué sentido, según el autor, “[l]as historias se viven antes de expresarlas en palabras” (p. 261). En esta parte del argumento parece haber una referencia constante a la dimensión corporal del agente, que es la base ontológica de las limitaciones fundamentales de la narración y que permite comprender uno de sus conceptos centrales, el de drama como narración dramática encarnada, enactuada (*embodied, enacted dramatic narrative*) (2007, pp. 211-216), que el traductor español enuncia como “narrativa representada” (MacIntyre, 2004, p. 261). Analicemos brevemente esta parte del argumento, pues nos conduce al problema de la relación entre el yo narrativo y el yo experiencial.

Según MacIntyre, las acciones en general, y de modo particular, las conversaciones, se ofrecen como narrativas representadas o enactuadas (2004, p. 261; 2007, p. 215). Para este filósofo, la narración de la vida no es solo un adorno, un disfraz o una decoración; entonces, en sentido estricto, ¿qué es una narración de vida en relación a la acción humana? Por el tipo de remisión a los otros y a la tradición, la narración cobra la forma de transacción (2004, p. 260). “Por tanto, -escribe- la identidad personal es justamente el tipo de identidad presupuesta por la unidad del personaje que exige la unidad de una narración” (p. 269). En este sentido, y por invertir la frase de MacIntyre, el agente no es solo un autor, sino también un actor de sus narraciones (p. 263). Su forma de actuar las narraciones cobra el carácter de una comunicación transaccional, en la que cada actor asume el rol respondiendo a lo narrado y a las reacciones de los otros.

De ahí, que, para el autor, las conversaciones y las acciones humanas puedan ser correctamente caracterizadas como trágicas, cómicas, absurdas, etc. (2004, p. 260). En este sentido, las narraciones y las acciones humanas son producciones conjuntas del tipo encarnado o enactuado, sentido que parece perderse en la traducción al español.

Si una de las diferencias centrales entre los personajes imaginarios y reales no radica en la estructura narrativa, sino en “en el grado de su autoría de esta forma y el de sus propios hechos” (p. 265), es porque los personajes reales han nacido y van a morir en algún momento, es decir, están determinados por una dimensión corporal y orgánica ineludible (pp. 267, 268). Mientras no hayan muerto, los seres humanos viven encarnando o enactuando sus narrativas. En este sentido, la corporalidad no solo juega el papel de los límites biológicos de la vida, sino la capacidad de encarnar o enactuar papeles narrativos en la vida humana. Toda historia humana es una narración encarnada, enactuada (p. 269); ya que está realizada por un tipo de animal capaz de contar historias, tal como se enuncia una de las tesis centrales de MacIntyre: “*man is in his actions and practice, as well as in his fictions, essentially a story-telling animal*” (2007, p. 216).

La importancia del énfasis que aquí se colocó en la tensión entre el concepto de identidad narrativa y la narración dramática enactuada apunta precisamente a señalar que el tema de la relación entre el yo experiencia y el yo narrativo no queda claro en la propuesta de MacIntyre. De hecho, el autor parece asumir el término enacción en un sentido común, como el de actuar parte en una obra dramática, sin buscar mayor especificidad lógica. Esta tensión entre el yo de la experiencia corporal y el yo de la identidad narrativa se intensifica en dos pasajes. Primero, cuando el autor señala que la persona es una abstracción de las narraciones que se cuentan y actúan: “(...) el concepto de persona es el de un personaje abstraído de una historia” (2004, p. 268). Si la noción de persona es una abstracción del personaje de una historia, este personaje es el que actúa en la realidad o es aquel del que hablamos cuando contamos historias ficciones. Si una persona es la abstracción de cualquiera de los dos tipos de caracteres, ¿qué son exactamente los personajes ficticios, sino también modos de abstracción de los personajes o actores en la vida real? Segundo, al discutir la noción de identidad personal, MacIntyre propone que solo una teoría de la unidad narrativa de la vida puede dejar comprender plenamente en qué consiste tal identidad, que implica los rasgos ya estudiados líneas más arriba. En este punto, afirma que “[e]l yo habita un personaje cuya unidad se produce como unidad de un personaje” (2004, p. 267), que en el original se lee así: “*The self inhabits a carácter whose unity is given as the unity of a carácter*” (2007, p. 2017). En este sorprendente pasaje, MacIntyre parece señalar una duplicidad entre “yo” y “sí mismo”, siendo este último el que es capaz de habitar un carácter que es eminentemente narrativo, es decir, un rol o papel dentro de una historia. De este enunciado surgen diferentes preguntas, ¿es este “sí mismo”, este *self*, es

algo precedente al rol que enactuará, es un desdoblamiento del yo que narra las historias, es la persona en tanto abstracción de su ser-personaje, o es la animalidad corporal que enactúa y narra historias?

Es notoriamente claro, que MacIntyre no desea retomar una concepción sustancialista de la persona, sea la de una sustancia corporal o mental (tal su rechazo de la continuidad psicológica en Locke, Hume y Parfit), pero tampoco desea asumir la tesis de la “liquidación del yo” en los diferentes roles o acciones que la sociedad le demanda, tal como aparecería en algunas teorías sociológicas (Erving Goffman) o existencialistas (J. P. Sartre). Tal como desarrolla su postura en el capítulo 3 de su libro, “[e]l yo como distinto de sus papeles, tiene una historia y una historia social (...)” (2004, p. 50), cuya constitución, sin embargo, no es aclarada por el autor. La única vía para salir de esos extremos dar una explicación al modo en que “el papel social” y “la personalidad estén fundidos”, coincidiendo “el tipo social y el tipo psicológico”, para comprender la idea fuerte de un personaje que encarna sus narraciones, es la muy interesante idea de enactuación dramática de las narraciones o historias, que, lastimosamente, MacIntyre no logra aclarar suficientemente. El modo en que los individuos humanos son capaces de enactuar dramáticamente narraciones en sus actos, interacciones, sueños, imaginaciones, recuerdos, esperanzas y formas de amar parece reclamar una indagación fenomenológica que queda siempre más allá de los esfuerzos de MacIntyre. o historias, por las que las personas sueñan, imaginan, recuerdan, esperan, creen y aman narrativamente (2004, p. 261).

· Transición

Dicho brevemente, el problema con esta concepción es que no termina de aclarar el modo en que se desarrolla la enacción de las narraciones y si en ese proceso el yo de las experiencias corporales es otro que el yo de las narraciones. ¿No se aprecia acaso en este planteamiento el reconocimiento de un cuerpo que nace, envejece y muere, sí, capaz de contar historias inadvertidamente mientras las enactúa, y un yo capaz de contar historias ficticias e, incluso, engañosas? Si no fuera posible hacer esa diferencia entre organismo, yo narrativo-enactuante (actor, agente) y un yo capaz de crear historias sin actuarlas (ficciones, representaciones teatrales), no tendríamos manera de diferenciar el drama representado en el teatro del que vivimos cotidianamente. Esto conduciría a MacIntyre a una incómoda cercanía con el interaccionismo simbólico de Goffman. La conclusión, no obstante, no debería ser la de desechar esta teoría, sino indagar si es posible describir y pensar de manera más cuidadosa esa relación entre la experiencia corporal y la narración, entre el yo experiencial y el yo narrativo, que forma eso que MacIntyre denomina narración dramática enactuada. Para tal empresa, parece necesario dirigir la atención a los fenomenólogos de la encarnación.

3. Memoria propio-corporal como fundamento de la identidad narrativa en Thomas Fuchs

Las investigaciones fenomenológicas de Thomas Fuchs (2000, 2017, 2020a, 2020b) se han desarrollado en el campo de la antropología filosófica, la psiquiatría y la psicología. Su proyecto filosófico ha ofrecido una de las más interesantes relaciones entre las investigaciones de la conciencia encarnada (*embodiment*, *Verkörperung*) y la fenomenología trascendental husserliana. Los aportes del profesor Fuchs son relevantes para nuestro tema, dado que sus indagaciones permiten comprender al sí mismo como plural y dinámico. Nos interesa comprender cómo esa noción plural y dinámica del sí mismo se articula con la concepción del yo narrativo.

· Fenomenología de la memoria encarnada y enactuada

El sí mismo es caracterizado por el profesor Fuchs como el polo de la vivencia contenido en toda experiencia. Este polo de vivencia centra el campo de la conciencia de un sujeto y establece la unidad de la experiencia en el tiempo. Aunque el sí mismo se retira del acceso directo de la atención, aparece como la auto-experiencia de la denominada perspectiva-en-primera-persona. Por ser la vivencia que acompaña toda experiencia, el sí mismo se ofrece como el núcleo de la personalidad, núcleo que mantendría una continuidad en las transformaciones o transiciones de la historia de vida, constituyendo, por ello, la base de la identidad personal. Según Fuchs, el sí mismo implica tres dimensiones de vivencia que deben ser aquí brevemente referidas.

Fuchs considera que el término “sí mismo” designa lo que en la tradición filosófica se conoce como cogito, o como el yo centro de los actos. Esta comprensión del “sí mismo” comprometería a autores contemporáneos como Bernhard Waldenfels y Dan Zahavi, por ejemplo. En cambio, Fuchs describe el sí mismo como la vivencia afectiva que acompaña al infante en las primeras etapas de su desarrollo vital y que se va desarrollando en sus siguientes etapas como la vivencia de sí; por lo que la concepción de sí mismo de este autor también puede ser denominada carnal, es decir, una que corresponde de consuno con la vivencia de una conciencia encarnada e incorporada. De hecho, según Fuchs, si bien la carne es el lugar del sentimiento de vida basal, o el *principium individuationis* de la espacialidad del individuo, esta no es otra cosa que la dimensión fenoménica del cuerpo como organismo de la persona (2000, p. 300; 2017, p. 97; 2020a, pp. 30-33; 2020b, p. 14). De manera sintética, esta concepción de sí misma implica a la vivencia del desarrollo de una conciencia cuya carne y cuerpo son coextensivos y correspondientes, formando una sintopía, es decir, un campo común de acción referida al mundo y a los otros en el mundo (una relación ecológica y enactiva con el entorno) (2000, pp. 135-150, 253-268). Aquí mantendremos el uso del término “carne”, pero enfatizando la anfibiología entre tejido y vivencia del propio cuerpo bajo la perspectiva de la primera persona.

El sí mismo, no obstante, es más que solo la autoafección sub-

jetiva de una conciencia encarnada. Él es, al mismo tiempo, la vivencia de la referencialidad (*Bezogenheit*) a los otros. Según propone el profesor Fuchs, la vivencia del sí mismo es tanto una relación con uno como con los otros. El contacto social ofrece este tipo de vivencia, que es susceptible de ser descrita desde las tempranas relaciones infantiles padres-vástago hasta el desarrollo posterior de la personalidad. Por ejemplo, entre la madre y el niño se desarrolla un diálogo tónico a través de las caricias, toques, arrullos, silencios, que forma una resonancia mimética y complementaria. Tal proto-diálogo forma la vivencia de una resonancia inter-carnal, que no es otra que la vivencia compartida de una intersubjetividad primaria (2000, pp. 275-276; 2017, pp. 195-200). (Fuchs, 2008; 2017, pp. 195-200; 2020a; 2020b).

En otras palabras, el sí mismo descrito por Fuchs comprende las vivencias pre-reflexivas, cenestésicas, de mismidad, y las relaciones del organismo subjetivo con el entorno (percepción ecológica), ligadas a la agencialidad de los movimientos espontáneos, así como las relaciones primarias de socialización mediante el diálogo de resonancia inter-carnal. Esta triple dimensión activa de 1) mismidad, 2) interacción con el entorno y 3) socialización primaria se denomina sí mismo basal. Este sí mismo basal se aleja tanto de una concepción minimalista del sí (Damasio, 2010, pp. 97, 103, 254-271) como de la relación de antagonismo vital (Schmitz, 2011, pp. 15-27) para enfatizar su carácter pluridimensional, procesual y relacional (Fuchs, 2020a, p. 34).

A partir del sí mismo basal, se desarrolla el sí mismo personal o extendido. Este último implica tres nuevas dimensiones, la reflexiva, narrativa y existencial. El sí mismo reflexivo se desarrolla a partir de la capacidad de registrar la perspectiva de los otros. Esta capacidad se ejercita a partir de los dos años de vida, cuando la conciencia contempla no solo objetos, sino a sí mismo mediante los ojos de los otros. Esta capacidad es el inicio de la posibilidad de asumir roles. El sí mismo reflexivo es una forma de autoconciencia, que surge de la diferencia entre la vivencia irreflexiva de sí y de la objetivación del yo en la forma de “mí”. El sí mismo reflexivo es la vivencia de la experiencia de una exposición excéntrica; es decir, la capacidad de verse a sí desde un punto de vista externo. La forma reflexiva del sí implica la apropiación de valores, normas y roles sociales. Tal apropiación implica una incorporación de experiencias emocionales como vergüenza, culpa, pudor u orgullo. Estas experiencias se encuentran articuladas en el mundo de la persona a partir de las acciones que realiza. En este sentido, la memoria encarnada es la enacción de la historicidad de la persona, en la medida en que el conocimiento de sí que tiene la persona implica un auto-conocimiento de los modos de interacción con los otros y el mundo. Esto es así, porque por enacción se comprende como la “[h]istoria del acoplamiento corporal que enactúa (hace emerger) un mundo” (Varela, et.al, 2011, p. 240) o como la acción mediante el cuerpo de la mente encarnada (Böhme, 2019, p. 100). En la constitución del sí mismo reflexivo se enraízan los sentimientos de auto-valoración y

la disposición para la valoración de los otros (Fuchs, 2000, pp. 292-296; 2020a, pp. 40-42).

· **Enacción narrativa de la memoria encarnada**

Ahora bien, nos interesa comprender de qué manera esta descripción del sí mismo basal nos ofrece una manera suficiente para comprender su relación con el yo narrativo. La vivencia del sí mismo basal ofrece la base de la memoria implícita. Por su parte, la vivencia del sí mismo reflexivo supone el desarrollo de las vivencias de excentricidad y adopción de valores y normas sociales, como primer nivel del sí mismo personal o extendido. Esta adopción de valores y prácticas sociales vendría a ser una de las fuentes del desarrollo del sí mismo narrativo, según este profesor de Heidelberg.

Fuchs caracteriza la identidad narrativa como la expresión del sí mismo personal, a través de la lengua. En ella intervienen la memoria episódica, la memoria autobiográfica, el recuerdo del pasado, el conocimiento sobre la propia persona y el rechazo de determinados aspectos relacionados al autoconocimiento, en el sentido de un concepto de sí (Fuchs, 2020a: 43). Es así que Fuchs considera que el sí mismo narrativo resulta de las auto-descripciones a partir de la base de la memoria auto-biográfica. De manera sintética, se podría comprender que esta noción de sí mismo narrativo implica dos dimensiones integradas, una pasiva y otra activa.

Aquí nos interesa resaltar un concepto importante para comprender correctamente la dimensión pasiva de la identidad narrativa, la memoria carnal. Según Fuchs, la memoria carnal se conforma a partir de las situaciones y acciones vividas tempranamente y que forman la base de la habituación del sujeto a su entorno y al mundo interpersonal. Dado que la encarnación del sujeto implica un ensamble de apetitos, capacidad de percepción, acciones, deseos y comunicación intercaral, formada en el sí mismo basal, la memoria carnal se puede caracterizar como una estructura de la habituación. En este sentido, la memoria carnal no es solo un proceso de presentificación o actualización del pasado, sino que comprende capacidades actuales no reflexivas. Por lo dicho, se puede entender que la memoria carnal se constituye por la sedimentación de las experiencias vividas en carne propia. Ella es, en gran medida, la historia de la carne propia y se ofrece como lo que suele denominarse inconsciente, al no ofrecerse como medida por procesos reflexivos y aparecer como nuestro pasado vivido.

La memoria carnal es una forma de memoria implícita, ya que comprende las vivencias ligadas a las capacidades sensomotóricas, además de la memoria de situaciones y la comunicación no verbal de la resonancia intercaral. La sedimentación de las capacidades sensomotóricas implican el resultado de los ejercicios de movimiento y un determinado trato con los otros en el mundo. En este sentido, queda una memoria corporal o carnal de cómo realizar ciertos movimientos de baile o de ejercicio, aunque la persona no pueda desarrollarlos plenamente

por la edad avanzada o por haber sufrido algún accidente. Los casos clínicos de distonía focal pueden reconocer que algo en su cuerpo ya no responde con la precisión de antes, dado que la memoria carnal hace posible la comparación con el rendimiento “recordado”. Esta memoria carnal es, además, situacional, puesto que implica una forma de percepción con el espacio, como una dinámica espacial interior (por ejemplo, como en las descripciones que ofrece Schmitz sobre la vivencia de contracción o ampliación); tanto como las vivencias de la espacialidad afectiva, como en el caso de sentirse cómodo en los brazos de otra persona o en algunas habitaciones de una casa antigua. Así debería quedar comprendido el porqué la memoria carnal es en gran medida no verbal o de resonancia intercaral.

Aunque Fuchs no lo dice explícitamente, nos parece que la memoria carnal ofrece las bases de una estructura narrativa basada en la acción o en la teleología de una actividad. De lo que se sigue, que se podría comprender el concepto de memoria corporal como una apertura a la identidad narrativa implícita que autores como Schmitz comprende como disposición carnal (2011, pp. 71-87). Esta estructura básica de la habitualidad que nos ofrece la memoria carnal es la responsable de la posibilidad de rechazar aspectos de uno mismo, es decir, de la segunda característica de la identidad narrativa propuesta por Fuchs.

4. Cierre: Memoria encarnada y narración dramática enactiva

En síntesis, según Fuchs, la capacidad de contar historias sobre nosotros mismos implica el recuerdo y reconocimiento de nuestro pasado y la capacidad de rechazar características que no nos corresponden, o que han dejado de hacerlo. Esta aceptación o rechazo implican determinadas prácticas que forman nuestra personalidad. La personalidad se desarrolla a partir de la sedimentación de las formas de afectación e interacción con los otros en el mundo, precisamente, gracias a la relación práctica entre memoria encarnada y las narraciones que representamos con los otros en el mundo, según propone MacIntyre. Esta forma de memoria encarnada sirve de base para las diferentes formas de narraciones y acciones que una persona ensaya a lo largo de su vida para comprenderse a sí misma. Es un hecho de la experiencia que podemos sentirnos cómodos, como nosotros mismos, en determinados roles, y, en otros, la experiencia es de extrañamiento. El fundamento de esa variedad se puede encontrar en los modos en que la memoria encarnada se articula con los roles y narraciones que ejecutamos en la sociedad. La enacción de estos roles implica, por lo tanto, según nuestro punto de vista, una mediación entre la experiencia de la memoria encarnada y lo que decimos y hacemos como representación de nosotros ante los otros. Incluso, en las experiencias de insinceridad, o incomodidad, se puede apreciar por experiencia propia la tensión entre la memoria encarnada y las narraciones que la sociedad nos exige actuar. Por ello, afirma Fuchs, que el desarrollo de la identidad narrativa se basa no solo en la capacidad de recordar, sino de cuestionar o rechazar ciertas características, aspectos

o tendencias que no son coherentes con la imagen y la vivencia de sí (2020a, p. 44). Finalmente, consideramos que la investigación fenomenológica de la memoria encarnada complementa la noción de narración dramática, ya que propone que la relación entre el yo experiencial y el yo narrativo es enactiva; es decir, se basa en prácticas de autoconocimiento. Esto podría ayudar a comprender mejor la noción de verdad narrativa (Rovaletti, 2013, p. 284).

BIBLIOGRAFÍA

- Böhme, G. (2019). *Leib. Die Natur, die wir sind*. Berlin: Suhrkamp.
- Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* Barcelona: Destino.
- Fuchs, T. (2000). *Leib, Raum, Person. Entwurf einer phänomenologischen Anthropologie*. Stuttgart: Klett-Kotta.
- Fuchs, T. (2008). Leibgedächtnis und Unbewusstes. Zur Phänomenologie der Selbstverborgenheit des Subjekts. *Psycho-Logik. Jahrbuch für Psychotherapie, Philosophie und Kultur*, págs. 33-50.
- Fuchs, T. (2017). *Das Gehirn - ein Beziehungsorgan*. Stuttgart: Kohlhammer.
- Fuchs, T. (2020a). *Verteidigung des Menschen. Grundfragen einer verkörperten Anthropologie*. Berlin: Suhrkampf.
- Fuchs, T. (2020b). Selbsterleben und Selbststörungen. En T. Fuchs, & L. Tengelyi, *Selbst und Selbststörungen*(págs. 31-65). Freiburg: Karl Alber.
- Gallagher, S., Zahavi, D. (2013). *La mente fenomenológica*. Madrid: Alianza.
- MacIntyre, A. (2004). *Tras la virtud*. Barcelona: Crítica.
- MacIntyre, A. (2007). *Afrer Virtue. A Study in Moral Theory*. United States: Notre Dame Press.
- Rovaletti, M. (2013). Describir, comprender, narrar. recorridos y senderos de una psico(pato)logía fenomenológica. *Revista Chilena de Neuro-psiquiatría*, págs. 279-286.
- Schmitz, H. (2011). *Der Leib*. Berlin/Boston: De Gruyter.
- Varela, F., Thompson, E., & Rosch, E. (2011). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.